

FERNANDO SANTIVÁN

BENJAMIN SUBERCASEAUX,
PREMIO NACIONAL DE
LITERATURA

ES UNO de los Premios Nacionales otorgados con mayor justicia. Subercaseaux exhibe una vida de intenso trabajo en las letras. Sin tomar en cuenta sus numerosos libros de ensayo, sus artículos de prensa, en su mayoría polémicos y de crítica social, ha escrito novelas y cuentos de valor descollante en nuestra literatura; este último título bastaría para darle el máximo galardón que se otorga a los escritores chilenos.

Subercaseaux es un escritor combativo y, quizá, éste sea el mejor elogio que se puede hacer en su calidad de hombre y publicista. No está conforme con el medio que lo rodea y combate por mejorarlo. Ama con pasión nuestro terruño; pero su agudo espíritu, producto de afinada sensibilidad y de concienzudo estudio, no ha podido menos que percibir en forma casi dolorosa nuestros defectos nacionales. De ahí que se le haya acusado de antipatriota. Subercaseaux piensa que el escritor debe cumplir sin vacilaciones una misión y se entrega a la tarea de exponer ante la conciencia nacional los males que nos aquejan y a señalar los remedios para curarlos. No fue simple impulso irreflexivo el que lo hiciera ingresar a la Escuela de Medicina al obtener su licenciatura de humanidades. El joven estudiante buscaba un sentido para su vida y, si no dio fin a sus propósitos de mitigar las dolencias humanas, fue sólo porque los prejuicios de su familia lo detuvieron en comienzos de su carrera. Chile acaso perdió un médico, pero ganó un escritor. ¿De dónde nace el inconformismo militante de Benjamín Subercaseaux? Los Subercaseaux que me ha tocado en suerte conocer poseyeron, todos, alegría de vivir, incontenible impulso de tomar la vida con sano humorismo o con plácida resignación religiosa. Pienso en este momento en la vocación y en el renunciamiento apacible de Pedro Subercaseaux, el gran pintor, rico, casado con gran dama, y que, en plena madurez, abandonó hogar, fortuna,

triumfos artísticos, para ingresar a un convento y dedicarse a un plácido e ingenuo trabajo de arte místico; y en su padre, don Ramón, diplomático, pintor, notable memorialista, siempre dispuesto a tomar en broma la vida, a pesar de las altas funciones que le cupo desempeñar; y en doña Victoria, esposa del gran Vicuña Mackenna, viuda despojada que reía plácidamente al denunciar a sus presuntos despojadores haciéndolos blanco de sátiras ingeniosas; y en Tatín, su hijo, herido por cruel enfermedad, pero sonriente, afable y despreocupado hasta el día de su muerte.

No cabe duda que el autor de *Niño de Lluvia* no heredó la sonriente concepción de la vida que tuvieron sus parientes del mismo apellido. Más bien parece haber recibido una transfusión espiritual de la rama materna: los justicieros Zañartu, herederos del implacable gran Corregidor.

El autor de *Loca Geografía* nació rebelde e inconformista. No extrañaría que hubiese rechazado con un manotón a la comadrona que lo extrajo del limbo, al percibir en ella un mal olor o una actitud antiestética.

Benjamín Subercaseaux siempre estuvo presto para expresar su disconformidad a todo lo que lo rodeaba. Solitario en su gran casona de Santiago antiguo, maravillosamente descrita en *Niño de Lluvia*, repudiaba tanto a las sirvientas numerosas, "con olor a humo y a moño", según la expresión de Daniel, como a los incomprensivos miembros de su familia.

Tampoco se aviene con los niños de su edad. Invitados por su madre el día de su cumpleaños, refunfuña al ver invadido su cuarto de juguetes, pelea y concluye por expulsarlos: "¡No quiero verlos; que se los lleven a todos!". El es un "Niño de Lluvia" y los otros niños, de sol, de barro o de cualquiera materia tosca y violenta.

El niño Benjamín crece aislado en la casa señorial. Vaga por los salones suntuosos como pequeño fantasma inquisitivo y huraño, molesto por las atenciones y mimos que le prodigan sus mayores, disconforme con la vida social que lleva su madre, hermosa y elegante, quizás demasiado apegada al brillo mundano. Sólo encuentra relativo asilo en sus dos abuelas y en la romántica tía que vive encerrada en su cuarto leyendo versos de Musset. El espíritu en formación del niño sale al encuentro de lo desconocido y escudriña en los misterios de la naturaleza. Al presenciar la muerte de una gallina ejecutada por la cocinera, se oculta en el tercer patio para imitar la cruenta operación y observar cómo termina una vida.

"¡Ah, la vida!" ¿Dónde nace y cómo se produce la muerte? Más

tarde, ya hombre, igual curiosidad lo impulsará a frecuentar las mesas de disección y realizar investigaciones tomadas, no con espíritu utilitario, sino con desinteresada curiosidad científica. Su instinto de niño lo empuja a hurguetear los desvanes polvorientos en donde se acumulan maletas y muebles en desuso. Más tarde, ya dueño de su fortuna, igual impulso lo llevará a explorar regiones distantes para descubrir las entrañas geológicas depositarias de la historia de la humanidad.

Su vitalidad espiritual no declina jamás. No sé en cuál época de su vida la inquietud lo llevó a abandonar la religión católica y adoptar el protestantismo. ¿Qué lo impulsa, dentro de nuestro medio circunscripto, o indiferente, o conservador, a emprender aventuras espirituales tan opuestas a la ideología familiar?

El grupo social en que nace, en que se desarrolla y prospera, es católico. Católicos son sus padres y abuelos; católicas sus relaciones y hasta la servidumbre que lo rodea. Se educa en los Padres Franceses, colegio de vigorosa y reglamentada vinculación con la Iglesia Apostólica Romana. ¿Cómo explicarse esta evasión del sagrado redil para incrementar el grupo de los reformistas?

Es fácil comprender que un hijo de familia chilena abandone sus ideas religiosas, por indiferencia —más o menos escéptica—, y adopte la masonería o el budismo, atraído por lo misterioso o lo exótico; pero parece difícil que cambie el catolicismo por el protestantismo. En gentes sencillas del pueblo el caso no es raro; pero en el hombre culto de clases adineradas es bastante extraño. Los credos protestante y católico poseen grandes similitudes y eso mismo impide el intercambio de creencias. Ambos son cristianos y aceptan la biblia como norma para orientar sus actuaciones en la vida. En Subercaseaux, artista delicado, amante de la belleza y del libre ensoñar, parece raro que abandone el suntuoso ceremonial del catolicismo por el rito, demasiado austero y lindante con la prosaica vida cotidiana del credo evangélico. Sin embargo, no se puede pensar que Benjamín Subercaseaux realice evoluciones espirituales, basado en diferencias puramente exteriores; es demasiado serio y consciente para suponerle cambios religiosos después de profundo y razonado examen. En cualquier caso, sus creencias son dignas de respeto.

Una explicación más lógica de su evolución religiosa podría hallarse en sus reacciones contra el medio que lo aprisionó en sus primeros años. "El Niño de Lluvia" se revuelve con violencia contra todo lo que entorpece su camino. Le molesta especialmente lo que contribuye a esclavizarlo, a limitarlo. Lo abrumba, entre otras cosas, el cariñoso y

extremado afán de sus parientes para apartarlo de los peligros. "No tomes esto —le advierten—, porque mancharás tu traje". "No te subas a esa silla; te puedes caer". Toda la infancia de este ser delicado y sensible, fue constreñida por una armadura medieval de amor excesivo que no le permitió el natural desarrollo de su naturaleza rica y vehemente. La religión católica fue para él, quizás, otro obstáculo opuesto a su libre crecimiento; pudo reaccionar, como siempre, salvando las vallas con gesto intrépido.

Una de las anécdotas más sabrosas de "El Niño de Lluvia" es la que se refiere a la compra de una bicicleta, largo tiempo debatida en el seno de la familia de Daniel. Cuando el niño expresó sus deseos, los parientes en coro prorrumpieron en alarmadas exclamaciones: —"¡Qué locura! . . . —dijeron—, te atropellará un carretón . . . ¡Morirás en la calle como un perro!" Y esta familia opulenta que poseía coches y cabballerizas y un batallón de criados, nunca satisfizo esta sencilla, pero vehementemente aspiración infantil que, de seguro, cualquier padre de modesta fortuna habría realizado con apresuramiento. Hasta que, pasado el tiempo, el abuelo más comprensivo que el resto de los parientes, se apiadó del niño y un día lo condujo a "Gath y Chaves" para que eligiera el codiciado vehículo. Por desgracia, esta vez volvió a frustrarse la compra, no porque el buen señor se arrepintiera de su propósito, sino porque auténtico ejemplar del siglo XIX, quiso pagar con un cheque cuando el vendedor exigía el pago en dinero contante y sonante. Más valdría haberle dado su garrotazo.

"—¡A mí! —gritó—. ¡A mí rechazarme un cheque! . . . ¡Mequetrefel! . . . ¡Mentecato! . . . ¡Guarde su bicicleta de porquería! . . . ¡de porquería! . . . ¡Godo atrevido! . . . ¡a mí, a mí rechazarme!"

Habría que advertir que el caballero llamaba "godos" a todos los empleados de tienda.

Es una escena impagable por su comicidad, por el dolor que cae sobre el alma del niño, y por la luz que arroja sobre la mentalidad de una clase social enquistada en autoritarios principios feudales.

El "Niño de Lluvia" debió poseer un temperamento muy rico para resistir la atmósfera aniquiladora que lo rodeaba. Su aislamiento le permitió desarrollar facultades como el espíritu de crítica, la imaginación, la inventiva creadora.

Daniel casi no jugó en su infancia —dice Subercaseaux—, al menos sus juegos fueron diferentes a los acostumbrados por los niños de su edad. Daniel fue rey, Caballero del Temple, Obispo y qué sé yo cuántas cosas más. Vivió vidas innumerables con todas sus pasiones, an-

gustias, puntos de vista... "En el transcurso de los años tales experiencias imaginativas le sirvieron al desarrollar la creación literaria.

Rodeado de la abundancia que proporciona la riqueza familiar, y con su espíritu heredado de opulentos señores, desprendidos y acaso derrochadores, Benjamín Subercaseaux no tuvo ocasión de conocer el duro valor del dinero ganado con pena y sudor. "El Niño de Lluvia" —dice— nunca sintió envidia por los astutos. Le eran odiosos como los comerciantes.

Siendo el comercio una profesión en que prima la astucia, Daniel sintió toda su vida un asco irresistible por la palabra "negocio". Esa cualidad le valió que siempre fuera explotado, especialmente por sus compañeros de colegio. Había, por ejemplo, algunos que se dedicaban a coleccionar estampillas de correo. Daniel poseía su colección; pero prefería los sellos de hermosos colores, generalmente de poco valor, y los pagaba a mucho mejor precio que los sellos feos, que en realidad eran los más estimados por los entendidos y más caros. Daniel canjeaba estos últimos por los que reproducían bellos paisajes y monumentos célebres, con los cuales le era posible contornear grupos artísticos en su álbum. Se daba cuenta de la explotación de que era objeto, pero sonreía satisfecho pensando en el inefable goce de contemplar a solas su abigarrada y pintoresca colección.

Transcurridos los años, Subercaseaux empleó su dinero en costear viajes de estudio y en la compra de obras de arte. Cierta vez fundó una escuela para ofrecer profesión manual a niños de clase modesta. Hay que alabar su entusiasmo como educador. Adquirió fantásticos utensilios encargados a Europa, imprentas completas, materiales de encuadernación, de carpintería y de mecánica. Lo que no pudo realizar el Fisco, lo realizó Benjamín Subercaseaux. Por desgracia, el generoso ensayo educacional no duró mucho tiempo. Probablemente, el protector fue defraudado por administradores voraces o por alumnos irresponsables, en vista de lo cual acordó liquidar un establecimiento que sólo le proporcionaba quebraderos de cabeza. ¡Pero qué manera de liquidar! Los gananciosos fueron los especuladores en ferretería de viejo, quienes pudieron adquirir materiales de primera clase por la vigésima parte de su valor. Con tal sistema comercial, repetido muchas veces a lo largo de su vida, no parecerá extraño que nuestro "Niño de Lluvia", haya dilapidado, honestamente, una o varias fortunas heredadas.

Sin embargo, es curioso observar de qué modo Benjamín Subercaseaux, a pesar del nefasto ambiente en que se desarrolló su infancia, y de la herencia moral recibida de antepasados orgullosos y atrabilia-

rios, reacciona fácilmente cuando la vida lo enfrenta a grupos sociales diferentes a los que acunaron sus primeros años. No pierde su agudo espíritu de observación, coloca en su sitio a los seres que ocasionalmente lo rodean, clasifica y presta relieve a sus defectos; pero, al final, concluye por convivir con ellos placenteramente, aunque sin disimular cierta condescendencia desdeñosa. Así le ocurre durante su estada en el Colegio de los Padres Franceses, del cual realiza una crítica severa de sus compañeros, los futuros aristócratas y terratenientes, como no podría hacerlo el más enconado enemigo de esa casta social. A este respecto surge espontáneamente una reflexión: ¿Cómo se explica que hombres provenientes de altas esferas sociales, y no del pueblo, como sería lógico, sean críticos acerbos de costumbres e instituciones que favorecen los privilegios de su propia clase? El caso de Subercaseaux, expuesto en *Niño de Lluvia*, es una respuesta clara. Habrá que reconocer que el espíritu de justicia y de verdad prima, en ciertos hombres de selección, por sobre todas las conveniencias.

Benjamín Subercaseaux, a pesar de las censuras que le merecen sus condiscípulos, abandona con pena el Colegio de los Padres Franceses. He aquí cómo expresa su sentimiento:

“Daniel (al retirarse del colegio), bordeaba los dieciséis años. Era alto, ancho de espaldas, un poco pálido, boca carnosa y muy roja. Hablaba suavemente, pero sus cejas estaban prontas para tomar un pliegue iracundo con la menor contrariedad. Daniel amaba su colegio. Lo amaba mucho más de lo que él mismo creía amarlo”.

Esto, que parecería estar en contradicción con su acerada crítica al mundo estudiantil que lo rodeó durante varios años, se explica si se compara el colegio con la casona en donde padeció como encarcelado entre rejas de oro. El colegio fue hasta cierto punto la libertad y, también, la primera ocasión que tuvo para ejercitar su instintivo anhelo de sociabilidad. Sus compañeros podrían ser execrables pero, después de todo, eran seres vivos que proporcionáronle calor y sensación de vida humana. Nada nos dice de sus profesores, pero quizá fueron más comprensivos que las personas de su familia. Subercaseaux odia la sociedad que suele incubar engendros como sus compañeros; pero no desdeña la convivencia con seres que nacieron puros y acaso continuarán siéndolo a pesar del espeso y execrable barniz social que los va transformando desde sus primeros años. Pensando en sus compañeros, de quienes se desliga al terminar el último curso, escribe:

“Las inmundas familias triunfarán con su orden, sus prejuicios, su tradición; esas cosas severas que separan los corazones de los mucha-

chos. Unos volverán a ser pobres, otros seguirían siendo ricos, todos pasarían a ser extraños”.

Igual impulso solidario siente Daniel al ingresar al cuartel para cumplir sus deberes militares. Su jefe lo destina a limpiar letrinas junto con un muchacho del pueblo. El joven aristócrata no se siente deprimido por tan desagradable ocupación. Cumple la orden de los superiores con alegría, pensando, quizás, que realiza algo útil a la colectividad. Y aunque parezca extraño en un espíritu rebelde y orgulloso como el suyo, confraterniza con el joven conscripto, e imagina que igualmente podrá hacerlo con el resto de los pobres muchachos del cuartel, rudos y sencillos, venidos de los campos y de los arrabales urbanos. El solitario enjaulado sueña por un instante en una fácil convivencia con sus congéneres sin fortuna, quienes quizá son más felices que él, pues viven en libertad. Pero es un sueño vano. Tan pronto como el “joven bien” vuelve a ocupar su puesto de “aspirante” galoneado, el simple conscripto, su compañero de un día, se aparta de él, envuelto en terco hermetismo.

Además, se interpone entre ellos la personalidad del “Niño de Lluvia”, conformada por el ancestro, de difícil, si no imposible transformación. “El no era así. Fue siempre uno, solo, indivisible —confiesa el “Niño de Lluvia”—. No quería a las colectividades ni a los hombres que, aunque están solos, son colectividades”. ¿Egocentrismo? Por lo menos Benjamín Subercaseaux posee cierta inadaptabilidad al mundo contemporáneo, inclinado a formar agrupaciones, cada día más vastas y numerosas, de individuos, de pueblos, de naciones. Es natural que choque, muchas veces con razón, contra grupos sociales de conformación diversa. Su opinión nunca será estéril, pues la controversia entre hombres sanos y sinceros siempre servirá para clarificar problemas complejos y de infinita variedad.

Niño de Lluvia es una valiosa contribución al conocimiento de la psicología infantil que debería ser considerada con atención por los educadores profesionales. Subercaseaux estudió la materia en la Sorbona de París, pero su libro supera los estudios teóricos; es un experimento del “yo” infantil, más importante que sabios tratados escritos en la paz de los gabinetes. La perniciosa influencia de un ambiente gazmoño, dulzón y al mismo tiempo encerrado en marcos sociales anacrónicos, está exhibido con perfecta claridad. Ese ambiente ya no existe entre nosotros; pero, en cambio, se ha creado, por reacción, otro igualmente fatal: La despreocupación de los padres por sus hijos, la libertad incondicional de los niños, el excesivo respeto a la personalidad infantil en sus momentos de evidente desvarío, la carencia de

fuerza de voluntad, la falta de empeño en el cumplimiento del deber, la irrespetuosidad por los superiores, etc.

Es lástima que Subercaseaux no haya continuado el relato de *Niño de Lluvia* hasta enfrentar la madurez del personaje y que no tratara con mayor amplitud y franqueza el problema sexual de la adolescencia.

Existe en los escritores un explicable pudor para desentrañar un tema que es mal comprendido por la generalidad de críticos y lectores. Se ha formado una leyenda negra alrededor de los escritores nacionales y extranjeros que se atreven a exponer en sus libros la cuestión sexual. Se les califica de inmorales, cínicos o pornógrafos. Tales epítetos son comprensibles en nuestra civilización occidental, eminentemente cristiana; pero pueden resultar desafortunados en una parte del mundo oriental, con religión y hábitos muy diferentes a los que practicamos en esta parte del mundo. Sin embargo, el problema existe. La naturaleza sobrepasa a menudo los moldes humanos que la moral pretende imponerle y crea situaciones vergonzantes, dolorosas, acaso crueles. Benjamín Subercaseaux comprende en toda su extensión el problema; pero en ninguno de sus libros lo enfrenta con claridad. Es necesario realizar pesquisas, escudriñar, interpretar intenciones, para formarse noción aproximada de su pensamiento íntimo.

En *Jemmy Button*, su novela capital, se vislumbra un sentimiento indefinido en la atracción que ejerce el muchacho salvaje sobre el noble y culto comandante Fitz Roy. A no dudarlo, se trata de un afecto puro, generoso, de parte del marino inglés; pero, en esta clase de amor, que podría llamarse paternal, ¿no cabe, como en el caso de Oscar Wilde y del joven lord Douglas, una atracción física que puede degenerar en la búsqueda del placer instintivo y licencioso inherente a la naturaleza animal?

En todo amor, y no se excluye, por supuesto el honorable amor entre hombre y mujer; existe el peligro de un fácil deslizamiento de la pureza al vicio y de la idealidad a la materialización carnal.

En el *Cura Deusto* de D'Halmar, vemos cómo el amor paterno se transforma en pasión tan poderosa que puede conducir al protagonista al suicidio, como en los amores pasionales de Wronsky y Ana Karenine.

De las anteriores observaciones se puede deducir que el amor puramente sentimental y el amor vicioso dependen del temperamento de los actores y que las diferentes gamas del proceso amoroso varían entre sí como el número de seres que intervienen en él. Es el animal que llevamos en nosotros quien hace degenerar el amor en vicio.

Benjamín Subercaseaux se presenta en sus libros como un misógino. Expresa en *Niño de Lluvia* que a Daniel "le habrían parecido más respetables e interesantes los hombres si hubieran sido más animales". En cambio, las "mujeres le resultaban terriblemente poco hombres. Sin embargo, ellas congeniaban con sus compañeros y ahora sabía por qué; ellos también eran poco hombres". Queremos suponer que las anteriores citas no son simples frases de ingenio. Pero lo que parece evidente es que Subercaseaux nunca sintió esas inefables sensaciones de los adolescentes, que les permiten mirar la vida a través de unos bellos ojos o de un cuerpo de mujer, atribuyéndoles extraños embrujos, incontenibles impulsos de rendimiento y de heroísmo. A lo más, explica la ternura juvenil con vaga expresión.

Desde niño se aparta de la mujer. No será "un niño que enloquezca de amor". No le atrae el misterio femenino. Antes bien siente cierta cólera asqueadora contra las bellas damas, amigas de su madre, "que lo saludan con caricias exageradas y asfixiantes".

"De la mujer Daniel no supo ni le importó nada a esa edad —dice—, como ocurre en todos los adolescentes que no han tenido tiempo para aprender a mentir".

"Cuando más tarde se enamoró de una prima suya, Daniel se vio en aprietos para explicarse las causas que habían motivado esa explosión sentimental. En realidad, comenzaba a amar el amor".

Considera Subercaseaux la mujer como un ser incompleto, incapaz de situarse a tono con la pureza de su espíritu.

"¿Cuántas veces —exclama—, encontré mujeres cuyos cuerpos parecían sonreír en la gracia de sus actitudes, pero que al sondearles el alma lo hicieron huir sollozando de repugnancia?"

En contraste con la repulsión instintiva que le provoca el sexo femenino, hay algo en el subconsciente de Daniel, que trabaja en favor de la áspera esencia masculina. Yo quisiera que alguien me ayudara a desentrañar el significado de un acápite de *Niño de Lluvia* que copio a continuación:

"Cuando años más tarde el instinto ciego comenzó calladamente su trabajo oculto, mucho antes de abrirse paso a la conciencia, al sexo o a lo que sea; cuando cierto escozor interno se engarza en todo lo que tiene sabor a veda, Daniel se permitió hacer un acto abominable; una mañana que el panadero lo obsequió con una "chocoza" tibia y crujidora, él, agradecido, tendió tímidamente su mano blanca de niño, que el otro estrechó con fuerza, ahogándola en su ancha mano morena de hombre del pueblo. Fue un instante de vértigo; luego corrió adentro, perseguido por una agradable culpabilidad, y fue tan-

ta su turbación, que olvidó probar el enorme pan que apretaba nerviosamente bajo el brazo”.

Creo comprender en su integridad el sentido de las palabras anotadas. Pero puedo estar equivocado. Creo que se trata de una confesión que arroja luz sobre la vida entera de un hombre. El niño Daniel es un predispuesto a recibir efluvios fulminantes de sensualidad que provienen de fuertes naturalezas masculinas. Ya hemos visto que no le ocurre lo mismo con el sexo contrario. ¿Qué consecuencias tendrán en su vida sexual futura? ¿Se trata de movimientos subconscientes? ¿O de conformación fisiológica especial?

En el caso presente, sólo Subercaseaux podría dar una respuesta substancial; para los demás se presta a conjeturas complicadas, más o menos científicas. La naturaleza humana es un pozo sin fondo en donde se incuban los más extraños actos del hombre. Cada escritor podría exhibir problemas que seguramente harían palidecer de horror a los lectores incomprensivos y que los moralistas condenarían con cárcel o patíbulo. Seguramente la investigación sobre la humanidad avanzaría en forma extraordinaria si los autores y su público abandonaran actitudes de pudor o de temor, de prejuicios o hipocresías, y exhibieran sus experiencias personales adoptando una actitud de elevada crítica ante las experiencias íntimas del hombre.

La obra de Benjamín Subercaseaux pone de relieve una personalidad extraña formada por una yuxtaposición de caracteres que no es difícil separar. Posee un sincero espíritu religioso que no se conforma con la explicación fácil de los problemas de la vida y procura explicarlos y ahondarlos con elástica amplitud y sin gazmoñerías. Es un amante de la naturaleza en su integridad y de ahí nace su concienzudo espíritu de explorador que lo empuja a través del globo hasta sus últimos confines, y que lo llevaría a la luna y a los planetas vivos si tuviera a su alcance medios para viajar por el espacio.

Los métodos de expresión de Subercaseaux desconciertan un poco al que no está habituado a ellos. Siendo francés de origen, posee condiciones literarias de orden y precisión; pero, en conjunto, especialmente en novelas como *Jemmy Button*, no utiliza los métodos franceses. Es más bien, un inglés, por su pulcritud, honestidad, pudor, equilibrio de lenguaje y visión amplia. Resulta abundante y un poco recargado, el estilo de Dickens. Se aparta de las síntesis y de esa aparente simplicidad clarificada que, entre los franceses se encuentra hasta en el complicado analista Proust.

Benjamín Subercaseaux es relativamente joven y, siendo un escritor completo, un novelista eminente, le queda aún vasto camino que recorrer. Un poco de paz y de estabilidad financiera, le permitirían llegar muy lejos. Ojalá el Premio Nacional y una mínima protección del Gobierno le den el reposo necesario para realizar su obra.